



Historia de los intercambios académicos entre Cuba y Estados Unidos

Martínez Reinoso, Milagros y Sheryl Lutjens (comps.) (2018).
Historia de los intercambios académicos entre Cuba y Estados Unidos,
 Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, en 394 págs.

En la coyuntura actual de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, caracterizada por un enfriamiento de las relaciones bilaterales bajo la presidencia de Donald Trump, somos testigos del renovado intento del gobierno de Estados Unidos de frenar las iniciativas de intercambios educativos, académicos y culturales entre ambos países. Ante esta adversa realidad recomendamos la lectura del libro *Historia de los intercambios académicos entre Cuba y Estados Unidos*, compilado por Milagros Martínez Reinoso y Sheryl Lutjens,

volumen colectivo que reúne más de 30 ensayos, testimonios y entrevistas con protagonistas de las acciones de intercambio académico entre Cuba y Estados Unidos.

Ya desde las “palabras al lector”, Milagros Martínez, una de las investigadoras quien además ha conducido múltiples proyectos académicos entre ambos países desde mediados de la década de los setenta, es muy precisa al referirse a la presencia creciente que adquirió la modalidad de los intercambios académicos entre

los dos países. Me resulta muy interesante que, al contextualizarlos en el momento actual, se pregunta: ¿serán en esta administración Trump otra vez los intercambios una víctima del conflicto bilateral?

Destaco que, en este libro, todos los trabajos aportan una visión muy personal. Hay artículos de Margaret E. Crahan, Franklin W. Knight, Carmen Diana Deere, Jorge I. Domínguez, Louis A. Pérez Jr., Lisandro Pérez, Sonia Rivera, Carollee Bengelsdorf, Peter Kornbluh, Mario Bronfman, Andrea Panaritis, Carmelo Mesa-Lago, Iraida H. López y John Coatsworth desde la orilla de Estados Unidos. Del lado cubano se incluyen reflexiones de Esteban Morales, Aurelio Alonso Tejada, Julio Carranza Valdés, José Luis Rodríguez, Antonio F. Romero Gómez, Jesús Arboleya Cervera, Nancy Morejón, Alfredo Prieto, María Isabel Domínguez, Sergio Jorge Pastrana, Agustín Lage Dávila y Elier Ramírez Cañedo.

Todos los autores parecen concordar que valió la pena el esfuerzo y que a fin de cuentas el intercambio es esencial para ampliar el flujo de información y conocimiento personal. Como bien apuntan varios colaboradores de esta obra, los intercambios

educativos han sido fundamentalmente asimétricos: muchos académicos y estudiantes estadounidenses han viajado a Cuba en los últimos años, mientras que muy pocos cubanos han estudiado o pasado prolongadas estancias de investigación en Estados Unidos.

En el artículo inicial de Martínez Reinoso, la autora hace un recuento cronológico que sienta la tónica dominante del volumen. Ella nos detalla cómo, cuándo y quiénes establecieron contactos culturales, educativos, científicos y técnicos entre Cuba y Estados Unidos durante las últimas seis décadas y resalta algunos momentos fundamentales. Como me expresara en su momento la inolvidable profesora Ana Cairo, Milagros no deja ni quiere que la memoria le tienda trampas, y es por ello que se enrola en el cotejo de numerosas fuentes, lo que hace de este libro un material de obligada referencia para conocer la verdadera historia de los intercambios académicos entre Cuba y Estados Unidos.

Resulta de interés que algunos autores analizan como los precarios encuentros entre intelectuales cubanos y cubanoamericanos desde finales de la década de 1970, los que consideran estu-

vieron marcados por la desconfianza inicial. Se reconoce el impacto del “diálogo” de 1978 que permitió la apertura de los viajes de los cubano-americanos a la isla, así como la ilusión de reconectarse con las raíces familiares

y culturales para los emigrados iniciándose así un proceso de difícil pero necesaria reconciliación entre residentes en la isla y en la diáspora y las continuas trabas gubernamentales (de ambos países) para entrar y salir de Cuba.

Al hacer una mirada retrospectiva al origen, desarrollo y evolución de los intercambios académicos, se aprecia en la lectura de varios de los artículos el destacado papel de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA, por sus siglas en inglés) en la promoción de los nexos académicos entre Cuba y Estados Unidos. Otro aspecto relevante es la aportación financiera de fundaciones privadas estadounidenses como

las Fundaciones Ford, Christopher Reynolds, MacArthur y Rockefeller a las colaboraciones educativas entre las dos orillas, sin muchas de ellas hubiera sido imposible materializar la mayoría de las acciones ejecutadas.



“Dentro de los resultados más relevantes de estos años, se distingue el Taller Académico Cuba-Estados Unidos (TACE) ...su informe final “Oportunidades para las relaciones Cuba-Estados Unidos” fue entregado a los Gobiernos de Cuba y de los Estados Unidos”, Milagros Martínez, p. 57.

Entre otros artículos, quisiera detenerme en el escrito por Lisandro Pérez. Me llamó poderosamente la atención como él enfocó sus comentarios al futuro, desde la perspectiva de las experiencias que acumuló como director del Instituto de Investigaciones Cubanas (CRI, por sus siglas en inglés) de la Universidad Internacional de la Florida (FIU) entre 1991 y el 2003. El autor resalta que: “Para llevar a cabo un programa de intercambio entre instituciones cubanas y estadounidenses hay que ser transparentes. No puede existir una agenda no visible. Los contactos personales son decisivos. Hay que tener paciencia y firmeza”, aseguró. (págs. 203-210)

Por otro lado, el doctor José Luis Rodríguez, narró parte de sus vivencias durante la visita que una veintena de profesores de la UH realizó, en abril de 1980, a la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados (*School for Advanced International Studies, SAIS*) de la Universidad Johns Hopkins en Washington.

“Lo más destacable fue el enorme desconocimiento de la realidad cubana y la sorpresa al enfrentar a una delegación propensa al diálogo y el debate, frente a una visión estereotipada de los profesionales cubanos como personas fanáticas, cerradas a toda confrontación, algo que se repetiría a lo largo del tiempo en otros intercambios”. (págs. 166-169)

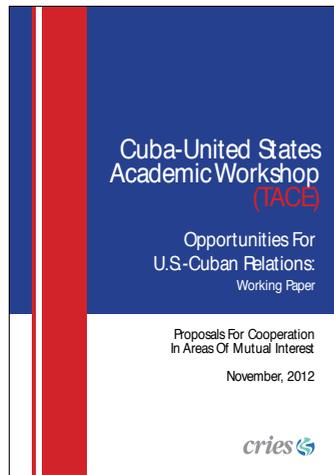
Kimberly Stanton, quien durante años trabajó como Jefa del Programa de Paz y Cooperación Internacional de la Fundación John D. y Catherine T. MacArthur, y estuvo a cargo de la Ini-

ciativa Cuba, hizo énfasis en la necesidad de cumplir lo que se establece como parte de los intercambios. “Hay que leer bien las reglas. Tenemos que buscar nuevos caminos. Cuba tiene una gran experiencia. Los medios sociales han transformado el mundo. Antes utilizábamos el

fax, instrumento que creo desapareció. Ahora se trata de Internet, Facebook, Twitter y el resto de las redes sociales. Es un campo que debemos aprovechar”. (págs. 337-339).

Un valor añadido a este libro es que concede una atención particular a los impactos de la restauración de lazos diplomáticos cuando se promovieron, como nunca antes, el flujo de académicos, científicos y artistas en ambas direc-

ciones. En los dos últimos años de la administración de Barack Obama, los intercambios académicos y culturales fueron intensos, gracias a numerosas visitas



“Un programa particularmente notorio y efectivo (fue) el Taller Académico Cuba-Estados Unidos (TACE) (...) iniciado en 2009 y que se extendió por cinco años (con la participación) de la Vicerrectoría de Relaciones Internacionales de la Universidad de La Habana, la Universidad Americana de Washington y la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES) en Buenos Aires”, Andrea Panaritis, p. 294.

bilaterales, acuerdos formales y contactos informales. Los proyectos colaborativos entre instituciones estadounidenses y cubanas se multiplicaron durante este período.

Las entrevistas a Josefina Vidal, en ese momento a la cabeza de la Dirección General de Estados Unidos del Ministerio de Relaciones Exteriores y a Jeffrey DeLaurentis, entonces al frente de la Embajada de Estados Unidos en La Habana enriquecen este material. Ambos textos permiten aquilatar las lógicas de la relación académica. La incipiente “normalización” de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos entre el 2015 y 2016 alentó el interés de las universidades estadounidenses en establecer vínculos con Cuba.

Lamentablemente, los tiempos y los ánimos han cambiado. Hoy existe un retroceso en el desarrollo de los intercambios, algunos lo podrían calificar incluso de congelamiento, debido en gran medida a la existencia de fuerzas hostiles dentro de Estados Unidos. En este contexto, cobra mayor significado el libro de Martínez Reinoso y Lutjens, obra pertinente y útil que establece cómo surgió y persistió la “diplomacia académica” para romper

el aislamiento intelectual entre Cuba y Estados Unidos, a pesar de la ausencia de relaciones oficiales entre 1961 y 2015. El libro es fundamental para repasar las lecciones aprendidas en el pasado y redoblar los esfuerzos para sostener el intercambio académico entre las nuevas generaciones de estudiosos cubanos, cubanoamericanos y estadounidenses. Reitero que estamos ante un excelente texto resultado de un arduo proyecto de investigación conducido por Milagros y Sheryl, que recoge su labor como investigadoras y parte de sus propias experiencias y vidas.

Su lectura en las actuales circunstancias, es imprescindible para reflexionar sobre cómo, a pesar de la adversidad, ampliar los intercambios académicos entre Cuba y Estados Unidos. El libro nos convoca a un llamado que promueva la toma de conciencia por parte de las academias cubanas, cubanoamericanas y estadounidenses para aunar empeños y voluntades y trabajar para que los intercambios no desaparezcan.

¿Podremos lograrlo? Ahí está el reto.

Omar Everleny Pérez Villanueva

